

tiempo, se iba á su castillo de Luagon, en Bretaña; que sus asuntos estaban en tan mal estado que habia confiado su arreglo á su notario, y se veia comprometido á hacer las economías necesarias mientras llegaba la época en la cual pudieran casarse.

La Bretaña atraía á la joven viuda.

¿No era en ella donde se habian conocido?

¿No era en las landas de Scaer donde habian principiado sus novelescos amores?

¿No podría el duque venir á París con cuanta frecuencia quisiera, y no se reunirían en el Morbihan durante el verano, sin inspirar sospechas, puesto que Scaer, Plelau y Laugou estaban inmediatos?

Al contrario, la intimidad de los dos amantes podía así hacer crecer y desarrollarse del modo más natural.

Allá, en fin, en aquella comarca salvaje, creía la baronesa que el duque sería más suyo que en París, donde le inspiraban recelos las demás rivales.

El proyecto de retirada de su amante la causó alegría.

Repitióle su frase de una noche fatal.

—¡Te adoro y nada nos separa!

Al separarse estaban completamente de acuerdo.

A la misma hora, el barón Noel, el conde Hugo de Plelau y Renaudet conferenciaban en el despacho del banquero.

El barón leyó á sus amigos la última voluntad de su hermano que él solo conocía.

—Señores—dijo,—Luisa Renaud tenia un amante y mi hermano ha sido asesinado. Incumbencia nuestra es descubrir á los asesinos y juzgarlos.

VII.

PLELAU, SCAER Y LAUGOU.

El camino de Rennes á Ploermel, que llega hasta el confín del Morbihan, atraviesa un país agreste, casi completamente deshabitado en un trayecto de siete ú ocho leguas.

El centro de esta considerable extensión lo ocupan por completo tres posesiones, que harían las delicias del parisiense más amante de la caza.

Los pescadores de caña podrían también sumergirse allí en un verdadero océano de gooses, porque las lagunas son tan frecuentes como los bosques y matorrales y multitud de arroyos, con honores de ríos, el Gaer, el Oyon, la Seille y otros muchos, llena la landa de estanques llenos de peces.

Estas posesiones se llaman Plelau, la finca del conde Hugo; Scaer, tierra solariega de los Bresson, y Laugou, el mejor castillo de los duques de Vandrey.

Plelau, Scaer y Laugou están como los tres pies de unas trébedes, según la expresión local, á tres leguas próximamente el uno del otro; pero Plelau

la menos suntuosa de las mansiones, domina por su posición á las otras.

Es también la única construida á la entrada de un pueblo bastante grande; sus vecinas se alzan, por decirlo así, en el desierto.

Scaer está formado por una imponente agrupación de edificios monumentales, continuamente aumentada por la creciente fortuna de los años. El castillo afecta estilo del Renacimiento.

El antiguo Bresson, proveedor de Napoleón I, lo construyó hacia 1790, en el lugar de la casa nativa. Como á su cama la liebre, volvió á morir á Bretaña. Sus hijos aumentaron la propiedad en cuantas ocasiones se presentaron.

Laugou se remonta al tiempo de Luis XIV. Marmat formó sus planos. El duque de Vaudrey, que sólo gustaba de París y de casinos, juegos, caballos y mujeres, lo tenía abandonado; pero la señorial mansión resistía los embates del tiempo, y se sostenía á pesar de la incuria de su propietario.

Plelau, comparada con las otras dos residencias es una simple casa, pero grandiosa, señorial, con una torre cuadrada de granito, resto de antiguas construcciones, levantada sobre un montículo cubierto de robles seculares, á la izquierda de la colina en que se asienta el pueblecillo de Plelau, y conservaba con el piadoso cuidado de quien honra el recuerdo de sus antecesores.

La vieja torre almenada, con su techo cuadrangular, da frente á la iglesia y domina como un observatorio toda la comarca.

Desde la plazoleta en que se yergue se divisa vastísimo horizonte. La vista, pasando por una extensión inmensa de landas, pantanos, llanuras y bosques ondulantes como la mar alborotada, llega hasta las cumbres de Lanvaux y de Kerdroguen á sesenta kilómetros de distancia.

Dos puntos se destacan sobre el fondo de aquella interminable serie de valles y colinas; los bosques que rodean los castillos de Laugou de Scaer.

Las tres haciendas son dirigidas durante la ausencia de los dueños, por tres administradores, personajes verdaderamente importantes en la comarca.

Estos administradores, á modo de virreyes, cortan y siegan á su antojo, nombran guardas y empleados, eligen los peones, y, en una palabra, disponen libremente de las tierras, los bosques, los legos, las landas y la caza.

Se tratan, como es de suponer, de igual á igual y con la mayor corteoía.

El 10 de mayo del año en que aconteció en la noche del 26 de febrero la relatada catástrofe, el pueblecillo de Plelau celebraba la fiesta.

Era el día de «la romería», cosa de importancia extrema para un pueblo de Bretaña.

La romería ó *Pardon* es la asamblea normanda y la kermesse flamenca. Los bretones la llaman *Pardon*, porque nadie debe acudir á ella con malos pensamientos en el alma.

Es una especie de reconciliación universal; un general abrazo.

Así lo han hecho los antiguos en aquellas bravas tierras de granito, y los jóvenes siguen el ejemplo.

No quiere decir que se olviden allí las injurias en el sentido evangélico de la palabra, ni que no existan Judas; pero se disimula como en otras partes, y más de un morbihanés oculta su rencor con besos y apretones de manos.

Por otra parte, los odios son escasos en aquella brava tierra. Para un odio á muerte son necesarias muy graves ofensas.

Las cuestiones se dirimen pronto. Después de cuatro trempazos, los enemigos se abrazan y desocupan muchos vasos de sidra para restablecer la concordia.

Pero ¡Dios me valga! cuando se encona la herida y pasa el odio á mayores, no hay remedio que la cure ni poder que la contenga.

El bretón es tenaz como un dago, y se dejará partir por medio antes que soltar la presa.

Siempre conserva algo de corsario de las antiguas guerras, que sacrificaba sin dolor su barco acribillado de balas, próxima á irse á fondo, cuando el otro, el del inglés, se hundía deshecho por sus tremendos golpes.

Pielau no carece de encantos para los amantes de la naturaleza. Campea pintorescamente sobre la cumbre de una alta colina.

El país presenta un aspecto que las selvas normadas, fuera de la riqueza del suelo. Por todas partes árboles hasta el pântano lleno de alisos, sauces é islotes de juncos.

Parece una selva interminable, estéril y pobre, en que el suelo demudado á veces cambia el matorral en landa pedregosa.

El rey de Pielau era sin contradicción el conde Hugo, el amigo de los Bresson, el descendiente de los antiguos señores.

Pero el conde Hugo estaba en París contra su costumbre.

En su ausencia, para la solemnidad de la romería, su anciano administrador, Lorenzo Rebec, se cuidaba de cumplir todos sus deberes.

Desde las diez, al primer toque de misa, estaba encendida su cocina.

Su cocina era la del castillo.

El anciano Rebec reunía los cargos de administrador y de mayordomo cuando el conde Hugo llegaba á la hacienda.

El buen hombre, con chaqueta parada, polainas, largos cabellos grises y aplastados caídos sobre las sienes, bajo el ancho sombrero enrojecido por el uso daba prisa á sus dos criadas.

—Ea, Catalui, una brazada de leña al fuego. ¡Vivol! ¡Vivol! Mas aprisa, Gertrudis. Que relusca todo como el oro, hija mía.

La cosa le merecía.

Terminada la misa, iban á tener á comer lo menos veinte invitados.

Primero los Cleguer de Soaer, las más íntimos y antiguos amigos, Cleguer padre y su hijo Corenrino, hermano de Juan María, criado del varon San-

tiago, el mozo más gallardo y valiente de toda la comarca.

Esto era indiscutible.

Y rico, con lo que nada se pierde. Al servicio de los Braeson, el dinero no holgaba y la soldada era grande.

Y en fin de los Clegner, la gente más honrada y más querida: serviciales y bondadosísimos.

Pero Corentino, que hubiera podido casarse veinte veces desde que volvió del servicio en el 6.º de dragones, continuaba soltero.

Sin embargo, no lo hubiera despreciado ninguna muchacha.

Todas las de cinco á seis leguas á la redonda se volvían locas por Corentino.

¡Y este tenía ya treinta años!

Más de cuatro se asombraban de su soltería.

Pero él tenía su idea y aguardaba. ¿Qué? En casa de los Rebec, bien lo sabían.

Por algo, bajo la vigilancia de su anciano padre, crecía en Plelau una hermosa muchacha.

Antes de florecer el trigo iba á cumplir Ivona Rebec, sus dieciocho años, época fijada para su matrimonio.

Todo estaba ya convenido entre los padres. Plelau y Scaer marchaban acordes, y el porvenir sonreía á los novios.

Juan María amaba á su hermano y detestaba el matrimonio. Vendría á vivir á Scaer como solterón cuando se retirase. Corentino tendría, pues, toda la hacienda, y en casa de los Rebec, Ivona, la her-

mosa Ivona, como la llamaban desde Plcermel y más lejos hasta Pipriat y Malestroit, no tenía hermanos.

No habría, pues, particiones.

Para ser justos, debemos declarar que estos cálculos, aunque interesantes, no preocupaban á los Rebec ni á los Clegner.

Se agradaban y se querían, que era lo principal de todo.

No hacen falta grandes capitales para ser feliz en el corazón del Morbihan.

¿En qué podrían emplearse?

¡País dichoso!

El almuerzo, á que dos horas después habían de concurrir todos los amigos de Rebec, era casi una comida de esponsales.

Por eso el anciano administrador activaba á sus criadas, dos muchachas gruesas, bajas, moquetudas, rubias y coloradas.

—¡Animo, Catalina! ¡Animo, Gertrudis!—repetía á cada instante.

Y las dos criadas, se deshacían, removiendo cacerolas, cuidando la olla que hervía en el hogar, y ensartando en el asador, largo como la espada del condestable de Guesclin, un rosario de patos y de pollos.

Estaban también invitados los Gueheanec, de Laugou, amigos, aunque menos íntimos, que los Clegner, colegas, á quienes había que obsequiar más bien que otra cosa.

Cuando cazaban los perros de Scaer, pasaban

por Laugou sin cuidarse de fosos ni vallados, y los Plelau solían hacer lo mismo. La tolerancia entre vecinos es indispensable.

De otra suerte á cada paso, surgen cuestiones.

Los tres castillos vivían en buena inteligencia, y en verano y en otoño, cuando estaban los señores, se trataban y había recepciones interminables.

—¿Es cierto, preguntó Catalina, que el señor de Laugou está ya en tierra?

—Sí, lo han visto ya en la aldea muchas veces.

—¿Qué la traerá ahora?... Antes apenas se le veía—observó la otra criada.

—Laugou es una hermosa finca—dijo el viejo Rebec,—y si fuese mía no la dejaría nunca; pero el duque prefiere su París lo que no es muy prudente.

Y añadió, como hombre que sabe más de lo que dice, pero que se reserva:

—Allá se gasta el dinero aquí se economiza.

—También se gana en París—dijo Gertrudis, á quien tentaba el demonio de la codicia.—Ahí está Juan María, el criado del difunto barón. Es rico como un caballero. A menudo me decía que yo ganaría en París dos luises mensuales y no los cuatro mezquinos escudos que aquí nos da usted, mi amo.

—Pues vete allí, si el diablo te tienta—dijo el hombre; pero París es un centro de corrupción. En él se pierden el cuerpo y el alma.

Gertrudis calló, pero no quedó convencida.

Sonaba con oro y grandezas.

Catalina sostuvo la conversación.

—¡Qué joven ha muerto el amo de Juan María!..... Juan María, según dice Corentino, que lo espera de un día á otro, está todo trastornado. En Scaer están haciendo preparativos. El barón Noel va á pasar allí parte del verano con la hermosa viuda.

—Ese sí que tiene el riñón bien cubierto—murmuró entre dientes Gertrudis dando cuerda al asador, máquina más complicada que un reloj de iglesia.

—¡Bah!—dijo filosóficamente Catalina,—por muy rico que sea ha de morirse.

Las campanas de Plelau repicaron en aquel instante.

—Apresurémonos, muchachas—dijo el mayordomo poniéndose de centinela en la puerta de su pabellón:—ya salen de la iglesia.

El pabellón de los Rebec, contiguo al castillo, se comunica con él por la cocina, sala monumental abandonada por el conde al cuidado del mayordomo.

Grupos de lilas, oitisos, sauces y avellanos lo cercan graciosamente y algún tilo secular le ofrece fresca sombra.

El pabellón tiene dos piezas á piso lleno y varias habitaciones en el superior, al que se sube por una escalera de piedra, defendida por un alero de gruesas pizarras.

Por las abiertas ventanas, se veía una larga mesa

llena de platos floreados y de jarras de barro ó de estaño que esperaban á los comensales.

La sala del fondo se destinaba á dormitorio y despacho del mayordomo. Ivona y las criadas tenían sus habitaciones en el piso alto.

Alegróse de repente el rostro de Rebec.

Acababa de distinguir al extremo de una calle de álamos y de hayas, dos parejas se dirigían hacia él.

Su colega Clegner, con su mujer formaban la primera.

Clegner era gordo y risueño, de ojos vivos y llenos de rústica malicia.

Su mujer Nicolasa, madre de Juan María y Corentino, era una buena anciana de pelo gris y arrugado cutis, cuya sencillez y bondad se traslucían en su agradable sonrisa.

Corentino Clegner, que venía detrás de sus padres, con su prometida del brazo, era un tipo verdaderamente hermoso.

De cabello castaño, elevada estatura, nervioso y robusto con rostro simpático, hermosos dientes y mirada franca, parecía formado para agradar, y agradaba á toda el mundo, sobre todo, á las mujeres, á las viejas por bueno y á las jóvenes por guapo.

Miraba tiernamente á su compañera, cuya estatura dominaba.

Se le veía feliz y orgulloso por llevarla del brazo, y que nada tenía que envidiar á nadie en medio de su dicha.

Los lisonjeros murmullos que habían oído al salir de la iglesia resonaban en su alma.

Era, en verdad, una pareja magnífica.

Pero, así como Corentino iba radiante de gozo, la hija del mayordomo de Plelau parecía, mirada atentamente, algo triste para una novia satisfecha de su suerte.

Mientras Corentino le estrechaba las manos, bellas, finas y cuidadas como las de una marquesa, ella se dejaba acariciar con visible dejadez, como temerosa de ser vista.

Para un hombre menos apasionado, y por consiguiente, menos ciego, esta dejadez hubiera podido pasar por frialdad ó desabrimiento.

Ivona inclinaba la cabeza hacia el suelo de la avenida, de suerte que Corentino sólo veía su abundante cabellera castaña, que descendía en ondas rebeldes sobre sus hombros: los rizos la cubrían la frente hasta las cejas, más oscuras que el cabello.

Su boca, algo grande, pero roja como la sangre más pura, tenía melancólica expresión, un tanto desdefensa, como si la hija de los servidores de Plelau no estuviese satisfecha de su suerte y se elevase en alas de sus sueños á mayor altura; su recta nariz denotaba carácter dominante, y sus negros ojos, grandes y aterciopelados, constituían su principal belleza.

Quizá aquella dureza aparente provenía de algún secreto disgusto.

En suma, Ivona tenía una hermosura notable y

seductora, mucho mayor de lo que podía presumirse en la casa de un mayordomo, en el interior de una aldea de la landa.

Su blanquísima piel era deslumbradora.

Vestía, no sin gracia, un traje negro de lana, pero de elegante corte: sobre el cuerpo, cubierto por un fichú de estambre blanco, un poco abierto en punta, aparecía desnudo el cuello, de admirable contorno.

Ivona llevaba en la mano su sombrero de paja, orgullosa sin duda, de sus cabellos, que dejaba sueltos sin querer ocultarlos.

De su actitud, de la curva de sus labios, de la altivez de su mirada, se deducía sin esfuerzo que conocía su hermosura ó que cuando menos la sospechaba.

Respondía con distracción á las palabras de Corentino, que le exponía sus proyectos y esperanzas.

Hay que decir que le creía un poco ligero.

Corentino era sin duda, un buen mozo, pero su educación resultaba poco completa: no sabía más que lo que había aprendido en la escuela de Scaer y en el regimiento. De inteligencia un poco torpe y puro fuego para los sentimientos, habría cumplido sus deberes militares, con exactitud modelo.

Jamás le habían impuesto un castigo.

Hábil en todos los ejercicios corporales y formado á lo atleta, ocultaba bajo aparente atrevimiento la timidez más grande, le daban miedo las muchachas.

Ivona, á quien desde niña conocía, gozaba exclusivamente del privilegio de hacer palpar violentamente aquel corazón vigoroso.

Ella, por el contrario, se había educado en un convento de Rennes á espensas de su padrino el conde Hugo, con las delicadezas de la más distinguida señorita.

Sus compañeras, menos hermosas que Ivona, tenían nombres aristocráticos, ó eran hijas de magistrados ó de ricos de la comarca.

Sin envídarlas, porque Ivona era buena se entregaba, sin embargo, á comparaciones enojosas.

El porvenir que la esperaba la llenaba de pena. Veía á los hermanos, á los padres, y á veces á los novios de sus amigas en el locutorio, y pensaba que ella sería mujer de algún rústico como Corentino, de quien le hablaban muchas veces, quizá demasiadas.

Durante las vacaciones oía en Plelau murmullos lisonjeros; sorprendía gestos de admiración, miradas inequívocas en los huéspedes de su padrino, parisienses en descanso, los Bresson, Renaudet, y á veces en el más elegante vecino, en el duque de Vaudrey, cuyo castillo, en los buenos días de verano, brillaba ella abeja, al sol, entre matorrales y bosques, á tres leguas de su ventana.

¡Cómo en tales condiciones impedir que la imaginación de una muchacha vuele por los espacios! ¡Cómo predicarla una humildad imposible! ¡Cómo convencerla de la justicia de su suerte! ¡Cómo per-

suadirla de que sólo dentro de su condición podrá hallar la tranquilidad y la dicha!

Todos, incluso su padrino, el hombre mejor del mundo, contribuían con sus elogios á perderla.

Cuando iba á Plelau se enorgullecía de su desarrollo como si fuese cosa propia; la sentaba sobre sus rodillas por costumbre, y la llenaba de caricias sin advertir que, de niña, se iba convirtiendo en muchacha, y se extasiaba contemplando sus ojos de terciopelo negro, sus arqueadas cejas, su piel de raso blanco, sus incomparables cabellos, su talle flexible y delgado como un junco.

Le repetía sin pensar en lo perjudicial de sus palabras.

—¿Sabes, Ivona mía, que eres muy hermosa? ¡Qué vales más que pesas!

La joven no necesitaba que se lo dijeran: los espejos, las fuentes, y sobre todo las ardientes miradas que el duque le lanzaba siempre que la veía, se lo daban á entender claramente.

Y á medida que se desarrollaba, los encuentros con el duque iban siendo cada vez más frecuentes.

En el otoño anterior el duque pasaba con algunos amigos dos ó tres veces cada semana bajo el balcón de la pobre niña, y nunca se alejaba sin volverse y lanzarle miradas expresivas, que se clavaban en su corazón como dardos ardientes.

Y mientras, al volver de misa, Corentino balbuceaba frases que ella apenas escuchaba, el alma de Ivona estaba á tres leguas de allí, en el castillo

del duque, pensando que su castellano, que antes no solía ir sino á fin de septiembre para permanecer cinco ó seis semanas en Bretaña, estaba ya en su mansión, y hacia ya quince días que pasaba diariamente por delante de su casa, gallardamente montado en una jaca alazana.

Pensaba en las ardientes y significativas miradas del galán, pensaba en el billeteito que le quemaba el pecho como un hierro candente y en que haciendo tan buen día, no dejaría de concurrir el duque á la fiesta de Plelau, montado en su elegante jaca.

Esto la distraía de tal modo, que al fin lo advirtió Corentino.

—¿En qué piensas? le dijo interrumpiendo sus declaraciones y apretándole el brazo.

Ivona se puso roja como una cereza y respondió:

—¿Yo? en nada.

—No me escuchas.

—Sí.

—¿Qué es lo que te decía?

Ella encogió los hombros y el fichú de estameña se elevó sobre su blanco seno.

—¡Oh! ¡qué me amas! ya lo sé, pues todos los días me lo repites.

Parecía, á decir verdad, bastante cansada de aquella declaración prevista.

—¡Sí, te amo! repitió Corentino. ¡Te amo hace mucho tiempo y te amaré mientras viva!

—Comprendido, dijo ella procurando sonreír y viviremos como nuestros padres en esta casa ó en

Scaer, administrando los bosques, estanques y granjas. Yo tengo buena letra y llevaré divinamente los libros; convidaremos á nuestros amigos el día de la fiesta y seremos felices, muy felices en nuestra aldea.

Habia su dejo de ironía en estas palabras dichas rápidamente, pero pasó sin que Corentino lo advirtiese.

A cualquiera, en su lugar, le hubiese sucedido lo mismo.

Por toda respuesta se inclinó sobre los cabellos de Ivona y los besó suavemente.

Una carcajada estridente le hizo levantar la cabeza.

Una mujer de treinta años, pálida, flaca, demacrada, vestida de harapos, estaba apoyada en el tronco de un aliso.

—¿Eres tú, Juanilla? dijo Corentino.

—Buenos días, señores novios, dijo la mujer con voz cascada.

Era una pobre joven de Plelau que habia perdido el juicio.

Vagaba día y noche por los alrededores: y vivía de una pequeña renta en una casa ruincosa. Nadie la maltrataba. Al contrario, en todas partes la recibían con compasión, casi con respeto.

—Cuida tu gallinita, siguió dirigiéndose á Corentino. Los gallos cantan en Langou como en Scaer y en la Gacilly, como en Plelau, buen mezo. Y la chiquilla vale la pena. Alerta, pues, y buen garrote de acebo para defenderla.

—Vámonos, dijo Ivona apresurando el paso. La loca volvió á lanzar su carcajada siniestra. No se movió, y los miró alejarse cantando con voz quejumbrosa:

Esta noche en la espesura
á los duendes he seguido,
que en un féretro metido,
se llevaban á mi amor.

¡Lará, laró!

Yo á los quince era un primor.

¡Lará, laró!

Como á Pedro, duendecicos,
como á Pedro me llevad.

Su historia era muy triste.

Su padre, aldeano avariento, habia adquirido algunas pobres herencias que podrían rentar cincuenta escudos, lo cual es algo en el fondo del Morbihan.

¡Era rica!

Amaba á un soldado pobre, rechazado por los padres. No era digno de la opulenta heredera.

El soldado se hizo matar.

La muchacha se volvió loca, tonta, como se dice todavía en Bretaña.

Y nada más.

Ivona quedó desagradablemente impresionada.

Por fortuna hubo un motivo de distracción.

Un carricoche arrastrado por un jacucho p...do

y lleno de lodo hasta los corvejones, entraba en la avenida entre una tempestad de latigazos.

Eran amigos, los Caudan, de Brignac.

Luego llegaron unos primos, los Ploemeur de Beugnou, luego otros, y por fin, cerrando la marcha, los vecinos de Laugou.

Casi todos los invitados estaban ya presentes al medio día.

Podían, pues, sentarse á la mesa mientras llegaban los demás. Al ver la mesa, el fuego de la cocina y las buenas cosas que había por allí, estalló el buen humor de los convidados.

Entre los campesinos bretones reina generalmente la cordialidad.

No escasean allí las gentes buenas.

Media hora más tarde, en el pabellón de los Rebec, como en todo Plelau, parientes y amigos, celebraban la fiesta con ardor.

El pan y viandas que se consumen en un día de romería, no se pueden calcular. Las artesas y toneles de la parroquia se vacían por completo, pero es á calidad de compensación.

Un buen morbihanés se estaría seis meses á pan y agua antes que quedar mal en semejante ocasión.

Los Rebec, á Dios gracias, para obsequiar á sus amigos, no necesitaban ayunar. Lo casa estaba bien provista de todo. No escaseaba la harina y estaba lleno de aves el corral.

Estaban en los postres cuando estalló un grito de

alegría. Se había presentado un nuevo forastero, pero no vestido al uso del país. Sin su cara sonrosada, guarnecida de dos cortas guedejas, se le hubiera tomado por un elegante parisien.

Pero era un criado de buena casa.

—¡Juan María! gritaron todos á una voz.

En efecto, era él.

—Es la romería, dijo, y vengo por mi parte.

Corentino se había levantado y abrazaba á su hermano.

El parisien dió vuelta al rededor de la mesa, y al llegar á Ivona:

—Buenos días, hermanilla, dijo, besándola en las dos mejillas.

El corazón de la pobre muchacha se achicó.

¡Su hermana! Aun no lo era; pero comprendía que se acercaba el instante crítico y la inevitable explicación.

Intenso rubor teñía á veces su semblante, y luego quedaba tan pálida como un fichú.

Era como el flujo y reflujo del mar, cuando la ola se retira, para volver con ímpetu mayor.

Corentino estaba al rojo cereza, pero de placer.

Presentía que el banquete no podía terminar sin alguna solemne declaración. Y ni uno de los concurrentes pensaba retirarse sin formal invitación á otra comida de bodas que haría época en el país.

Juan María se había sentado junto á Ivona.

De pronto la sintió estremecerse, como si súbita congoja la hubiera apretado la garganta al llegar el momento fatal.

El padre de Corentino y de Juan María, el anciano Cleguer, acababa de levantarse con la copa en la mano.

La linda joven de Plelau daba verdaderamente pasión; pero su actitud podía explicarse por los sobresaltos del pudor.

Los ojos del viejo Cleguer lanzaban maliciosos chispas.

Los fijaba en Ivona, que no sabía donde esconderse, espantada como una perdiz bajo el vuelo circular del azor.

—Es preciso aprovechar la ocasión, dijo Cleguer, y matar dos pájaros de una pedrada. Brindo á la salud de los jóvenes, y si, como supongo, están de acuerdo, puede fijarse el día de las bodas. Cuanto antes, mejor.

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de satisfacción.

La banda de los Guéneunec, de los Caudan y de los Plecemeur, grandes y pequeños, opinaron lo mismo para su colete.

Las jóvenes vieron en halagüesa perspectiva sayas nuevas, delantales de seda y gorros de encaje. Los viejos, comilonas, placer de la edad avanzada.

Toda la reunión miró á los novios.

Corentino estaba radiante como un girasol.

Ivona con la cabeza inclinada sobre el plato.

—¿Qué dices? le preguntó el ex-dragón.

—Sí, ¿qué dices? repitió el viejo Cleguer.

Ivona no respondió.

Vaga inquietud corrió en derredor de la mesa, como un vientecillo de tempestad.

—Tú has de decidir, le dijo afablemente su padre. Aquí nadie quiere torcer tu voluntad.....

—Ivona, dijo á su vez Juan María, Corentino te espera hace diez años. ¿No querrás desairarnos?

Ivona se decidió, no sin trabajo, á levantar los ojos. Los de la concurrencia, fijos en ella, le causaban indecible malestar.

—No, murmuró, no os desairo; pero más tarde, aún no.....

Si á Corentino le hubieran dado en la cabeza un puñetazo formidable, no hubiera sentido de seguro semejante conmoción.

Se creía en el puerto, y para él, aquella demora, porque indudablemente sólo se trataba de dar largas, era el desengaño más cruel.

—La vida es breve, Ivona, dijo; el buen tiempo no se debe perder.

—Te lo ruego, balbuceó ella, mirándole con ojos de súplica.

Y para acabarle de ganar.

—¿No somos ya felices? añadió? Un año se pasa pronto.

¡Un año! no contaba con esto, pero se tenía que resignar.

Estaba verdaderamente desolado, pero tuvo que tener valor.

—Quiero todo lo que tú quieras, dijo, pero este año se me va á hacer muy largo y espero que lo acertarás.

Juan María fruncía el ceño. El capricho de Ivona no le parecía natural.

Ivona sonrió.

El paso difícil estaba dado.

Había obtenido cuanto se proponía.

—Lo veremos, dijo fingiendo una alegría que estaba lejos de sentir. Dame el brazo, Corentino, y vamos al lugar.

La reunión se levantó con disgusto de la mesa.

La negativa de Ivona había producido mal efecto. La perspectiva de bailes, trajes y comidas se alejaba.

¿Podrían verla nunca tan cerca en aquella ocasión?

VIII

LA ROMERIA DE PLELAU.

Cuando los amigos de Rebec se dirigían por la calle de Hayas á la plaza de la aldea, el duque de Vandrey paseaba lleno de melancolía por su parque de Laugou.

Si os es propicia la fortuna, pedidle que os dé una propiedad como Laugou, con el buen sentido para vivir en ella y gozar en ella en paz.

Laugou es un paraíso terrestre algo agreste quizás, pero paraíso al fin.

Ocupa tres leguas de extensión, lo que no por eso supone grandes rentas.

Con doce kilómetros de tierras en Sologue 6 en la Lozère, se puede muy bien no tener que comer.

Laugou no es tan mezquino. Es escaso, pero hermoso.

Casa regia, bosques inmensos, estanques grandes como lagos, granjas pintorescas, de todo hay allí. Sin embargo, se hastiaba su señor.

Desde la noche del veintitrés de Febrero, se sentía humillado y envilecido.

Noble, adulado, festejado, pródigo, pero seguro de reponer su fortuna vendiendo su título á alguna opulenta plebeya, no satisfecho con robar al barón Santiago, quitándole la mujer, le había asesinado con la mayor cobardía.

Por muy acorazada y elástica que se tenga la conciencia, tales remordimientos pesan sobre ella horriblemente.

El duque buscaba distracciones á aquella idea fija, que llegaba á ser una obsesión perpetua.

Se había refugiado en el fondo del Morbihan, esperando que la tranquilidad del campo devolvería la calma á su agitado espíritu.

Otro encanto le atraía además.

Recordaba la seductora figura entrevista en los años anteriores, y grabada en su alma, movible y caprichosa como tantas otras, y que con algunas semanas de posesión, le habría hastiado.

Ivona Rebec no podía inspirar una pasión duradera á aquel gastado corazón, pero podía distraerle